

ASPECTOS ÉTICOS DE LOS CONFLICTOS (1)

Federico Aznar Fernández-Montesinos

Capitán de corbeta

La guerra, en su concepción clásica, es una puesta entre paréntesis del sistema de valores vigente, una especie de *enojé* (2) escéptica que no prejuzga ni cuestiona su ordenamiento, sencillamente lo difiere, lo pospone y de esta manera obvia el juicio a cerca de unos hechos sobre los que el tribunal de la historia, en feliz expresión de Hegel (3), en su permanente estado de revisión, se pronunciará varias veces; todas ellas, probablemente, en sentido contradictorio:

«La contienda era doble, en el sentido de que cada parte pretendía, por su lado, encarnar el papel de policía y declaraba ladrón a la contraria. Sólo el hecho fáctico del éxito militar de una parte y derrota de la adversaria vino a determinar la distribución de los papeles. El vencedor, entonces, se impuso como policía al vencido. Ahora bien, esto es cabalmente lo que ocurre en las guerras civiles... si el bando insurrecto obtiene la victoria acaba por fundar sobre ella una nueva legitimidad» (4).

En cualquier caso, el concepto de referencia en las relaciones internacionales no ha sido nunca tanto la justicia o la moral como el interés. La ética ha sido utilizada como un instrumento más para conseguir la razón (5) convirtiéndose en un plano de enfrentamiento. Este proceso ya se planteaba en las guerras de segunda generación. La guerra es moralmente diacrítica.

El desarrollo de las diferentes formas de guerra siempre ha ofrecido un terreno propicio para las dudas. De hecho, Ross considera que la cultura del conflicto no es monolítica ni tiene manifestaciones idénticas en todos los enclaves, sino que es un patrón intrínseco propio de cada sociedad en cada época (una vez más *veritas filia temporis*) (6).

La inhumanidad

Civilización y violencia no son aspectos inversamente relacionados; es más, en algunas ocasiones parece que lo están directamente. Realmente, lo que se demuestra que está asociado con un mayor grado de civilización, son unos niveles más altos de contradicción interna.

(1) AZNAR FERNÁNDEZ, Federico: «Aspectos éticos de los conflictos», *Revista Tribuna* del CESEDEN, abril de 2009.

(2) Término utilizado por primera vez por Pirrón para designar la suspensión de *juicio* sobre los *fenómenos* del *mundo* y justificar la *ataraxia*, la imperturbabilidad. Ha sido reactualizada por Husser para explicar el mecanismo de reducción eidético, en un sentido puramente lógico, en: [www.iacat.com/revista/recreate/.../1.%20El%20Juicio%20Diferido%20Epojé%20y%20la%](http://www.iacat.com/revista/recreate/.../1.%20El%20Juicio%20Diferido%20Epojé%20y%20la%20)

(3) HEGEL, G. W. F.: *Principios de Filosofía del Derecho*, p. 420, editorial Edhasa, Barcelona.

(4) D'ORS, Álvaro: *De la guerra a la paz*, p. 25, editorial Rialp, Madrid, 1954.

(5) SÁNCHEZ FERLOSIO, Rafael: *Sobre la guerra*, p. 23, ediciones Destino, Barcelona, 2007.

(6) ROSS, Marc Howard: *La cultura del conflicto*, p. 199, editorial Paidós, Barcelona, 1995.

Así, está ampliamente documentado que personajes siniestros, como Al Capone, eran capaces de separar su proceder social del familiar y, mientras dirigían sus negocios, propugnaban un ambiente familiar sano y moral sustentado sobre una sólida formación religiosa, junto con un duradero orden social en el que la patria y la propiedad privada ocupaban sus cúspides (7).

La vulneración de un principio ético genera un malestar emocional profundo, el sentimiento de culpa. La función de la culpa es evitar la reedición de una conducta, la cuestión se incardina entonces en la existencia de referencias. Por eso, las conductas aberrantes florecen cuando los valores culturales se desmoronan, los controles colectivos se desintegran y la cultura pierde su función reguladora de la sociedad. Es lo que se conoce como un estado de anomia; tal situación, a juicio del psiquiatra Rojas Marcos (8), se produce bajo circunstancias patológicas de desorganización social:

«Consiste en el desmoronamiento de las reglas morales y de las normas sociales de comportamiento», y «surge cuando las necesidades esenciales de las personas como la identidad, la autoestima y la seguridad no se satisfacen», lo que provoca que «acaben por transformarse en indolencia total hacia la participación social...» (9).

Napoleón al contemplar el gran número de soldados que yacían muertos en el campo de batalla de Eylau dijo:

«Todo esto lo remedia una noche en París» (10).

Llegando a alardear ante Metternich (11) de poder permitirse perder 30.000 hombres al mes, cosa difícilmente aceptable hoy cuando se requiere el consentimiento de los gobernados. El propio Wellington decía:

«(Bonaparte) podía hacer lo que se le antojaba; y nadie había perdido tantos Ejércitos como él. En mi caso la pérdida de un solo hombre era importante. Yo no podía arriesgarme a tanto. Sabía que si llegaba a perder 500 hombres sin que fuera evidente una necesidad absoluta me arrastraría de rodillas hasta el estrado de la Cámara de los Comunes» (12).

Pero la rabia instintiva y ciega es totalmente incompatible con la matanza masiva por más que no lo esté con una muerte aislada. Un fusilero que tiembla de cólera no acertará en el blanco; la adrenalina no dispara los misiles, lo hacen los sistemas informáticos. Se está ante un proceso intelectual más que emocional (13). Aunque puntualmente pueda precisarse más de emoción que de intelecto.

(7) ENZENSBERGER, Hans Magnus: *Política y delito*, p. 105, editorial Seix Barral, 1968.

(8) ROJAS MARCOS, Luis: *Las semillas de la violencia*, p. 188, editorial Espasa-Calpe, Madrid, 1995.

(9) *Ibidem*.

(10) SÁNCHEZ FERLOSIO, Rafael: *Sobre la guerra, opus citada*, p. 20.

(11) WALZER, Michael: *Guerras justas e injustas*, p. 61, editorial Paidós, Barcelona, 2001.

(12) PRESTON, Paul: *El nacimiento del mundo moderno*, p. 79, Ediciones B, Argentina (Buenos Aires), 1999.

(13) VV.AA.: *Apuntes de Polemología*, capítulo VIII, Escuela de Guerra del Ejército de Tierra. No se puede imputar la responsabilidad de la guerra a la agresividad humana, a mecanismos instintivos; sin embargo, sí puede inferirse que se han perdido los controles genéticos sobre el instinto. Entre animales como los monos y simios responden instantáneamente con el apaciguamiento a cualquier señal de derrota del animal enfrentado.

Una vez derribadas las barreras culturales, los impulsos humanos más primitivos se colapsan, lo que convierte a la anomia en un caldo de cultivo fértil para la proliferación de los comportamientos violentos (14). Por ejemplo, utilizando las películas sobre la conquista del Oeste, Engelhart expone como en medio de una espectacular carnicería el relato se torna en inocente y emocionante, de la mano de lo que se presenta como una justa victoria enmarcada, por si fuera poco, en una acción defensiva emprendida en manifiesta desventaja (15).

La erosión del sentido de la identidad moral del combatiente, moldeada en torno a valores parcialmente autónomos, hace que sus límites morales sean susceptibles de deslizarse progresivamente y disminuir los niveles de exigencia, lo que posibilita actos que antes no se hubieran hecho realidad jamás (16).

A juicio de Jonathan Glover (17), existen distintas formas de erosión de la identidad moral, que se reducen básicamente a difuminar sus fronteras y distribuir la responsabilidad creando espacios para que se realice una transición sin ruptura.

Algunos ejemplos son la evasión, esto es, no reconocer aquello que realmente se está haciendo, la fragmentación de la responsabilidad, con lo que el ejecutor deja el trabajo por acabar en manos de otro y no ve su resultado (18) o su realización por fases, que la presenta como un *continuum* que hace que se ignore cual ha sido su punto de partida y cual es la finalidad última, de modo que cada fase active e impulse la siguiente.

Todo lo cual, compelido además por una mecánica y unos plazos de entrega, hace que se genere así un cierto *taylorismo*, una cadena de montaje de la aniquilación. Ello se ve reforzado mediante fórmulas como el deliberado estrechamiento de la atención y su concentración en los aspectos meramente burocráticos o científicos del problema:

«Cuando los cohetes están arriba ¿A quién le importan donde caigan? Eso no es responsabilidad de mi departamento dice Werner Von Braun» (19).

El raciocinio, como señala Max Weber, es:

«La realización metódica de un fin mediante un cálculo cada vez más preciso de los medios adecuados.»

Esto conduce hacia una neutralidad resultado de abordar los problemas en términos técnicos, lo cual permite obviar cualquier aspecto subjetivo, incluidos los éticos (20); ejemplos son las listas (21) o los trabajos de los ingenieros para reforzar los tubos de escape, afectados por los «ácidos» producidos en el interior de los vehículos utilizados como cámaras de gas móviles. Como dijera Stalin:

«Matar a un hombre es una crueldad, matar a un millón de hombres un problema administrativo.»

(14) ROJAS MARCOS, Luis: *Las semillas de la violencia*, p. 203, *opus citada*.

(15) ENGELHART, Tom: *El fin de la cultura de la victoria*, p. 21, editorial Paidós, Barcelona, 1997.

(16) GLOVER, Jonathan: *Humanidad e inhumanidad*, p. 143, Ediciones Cátedra, Madrid, 2001.

(17) *Ibidem*.

(18) ZINN, Howard: *Sobre la guerra*, p. 243, Ediciones Mondadori, Barcelona, 2007.

(19) *Ibidem*, p. 243.

(20) TERNON, Yves: *El Estado criminal*, pp. 124-125, editorial Península, Barcelona, 1995.

(21) Por esa «lista de Schlinder» representa la absoluta oposición a esta tendencia, virtud y compromiso.

El *taylorismo* moral del proceso es evidente. Unos los seleccionan, otros los buscan, otros los detienen, otros los llevan al ferrocarril, otros los transportan, otros los llevan al campo de detención; unos los llevan a las cámaras de gas, otros las activan, otros sacan los cadáveres, otros los transportan, otros los incineran, otros reparan y proporcionan apoyo logístico, etc. Y quien coordina la actividad de todos no tiene que ver nada y puede ejercer de padre de familia sin remordimiento, sólo maneja papeles. Por eso en la sentencia que condenó a Eichmann se establecía:

«En un delito tan enorme y complicado como el que nos ocupa, en el que participan muchos individuos, situados en distintos niveles, y en actividades de muy diversa naturaleza-planificadores, organizadores y ejecutores, cada cual según su rango, de poco sirve emplear los conceptos comunes de instigación y consejo en la comisión de un delito. Estos delitos fueron cometidos en masa, no sólo en cuanto se refiere a las víctimas, sino también en lo concerniente al número de quienes perpetraron el delito, y la situación más o menos remota de muchos criminales en relación al que materialmente da muerte a la víctima significa en cuanto a medida de su responsabilidad. Por el contrario, en general, el grado de responsabilidad aumenta a medida que nos alejamos del hombre que sostiene en sus manos el instrumento fatal» (22).

En el pasado, la *hybris*, el exceso en la batalla y aun después de ella, la efusión de sangre era no sólo lo normal, sino también, en no pocas ocasiones, lo correcto. Hoy, ya ningún Estado reconocerá su culpa o se enorgullecerá de ello –como, se hacía en el pasado y era marca de gloria– por lo que tiene que disfrazarlo; pero como no lo puede disimular por completo lo incluye en su discurso ideológico y así se reencuentra en el cumplimiento del crimen. Debe pues mentir con habilidad y, sin negar la realidad de la destrucción del grupo relativizarla, recusar la intención y atenuar las responsabilidades. Todas las etapas en que se desarrolla llevan el sello de la negación (23).

De hecho y aunque la Historia ha contemplado ya la aniquilación de pueblos enteros, hubo de introducirse un neologismo para definir el nuevo tipo de crimen que surgido durante la Segunda Guerra Mundial: el genocidio (24), un híbrido de dos palabras, *genos* que significa origen, especie, y *caedere* cuyo significado es matar (25). Con ellas la actividad de aniquilar se introduce en la racionalidad.

En este marco, la distancia no sólo disminuye la simpatía sino que también reduce el sentimiento de responsabilidad, ya que al alejarse el ejecutor de la víctima se hace posible su despersonalización y se evita la repulsión moral lo que facilita el acto (por ejemplo, un bombardeo en el que no se ven las víctimas ni se señala a ninguna concreta).

Además, una vez puesta en marcha la operación mediante un impulso institucional se genera una inercia moral que la dota de una vida propia lo que hace aun más difícil el comienzo de una fase política distinta, como ha podido observarse, por ejemplo, tras la caída del Muro.

(22) AREDNT, Hannah: *Eichmann en Jerusalén*, p. 353, editorial Lumen, Barcelona, 1999.

(23) TERNON, Yves: *El Estado criminal*, p. 102, editorial Península, Barcelona, 1995.

(24) Citando a Pierre Drost: «El crimen de genocidio bajo su forma más grave es la destrucción deliberada de seres humanos tomados individualmente en razón de su pertenencia como tales a una colectividad humana cualquiera», TERNON, Yves: *El Estado criminal, opus citada*, p. 45.

(25) TERNON, Yves: *El Estado criminal, opus citada*, p. 37.

Se puede utilizar la pseudoespeciación que se produce al presentar al contendiente como subhumano o no humano, permitiendo el trato inhumano e incluso el exterminio (26). Como señala Edward Said basta con generar un estereotipo, dar unos rasgos marcados, sin ninguna individualidad, y contraponerlos al modelo elegido para hacer que se perciba un sentimiento de amenaza (27). El maniqueísmo de los totalitarismos comunista y nazi frente a «los otros» les confiere un espacio común (28).

Esto nuevamente genera distancia (29) entre las partes, reduciendo aun la simpatía y la responsabilidad y debilitando cualquier tipo de repulsión emocional, lo que ayuda a la inhumanidad. Una respuesta humana, por el contrario aproxima y favorece el reconocimiento, la empatía, cosa que no se desea (30). Por eso Ignatieff sostiene:

«Lo que muchas organizaciones han descubierto es que los derechos humanos tienen poco o ningún valor ...es preferible dirigirse a estos combatientes como guerreros antes que como seres humanos, pues los guerreros respetan códigos de honor» (31).

La obra de Joseph Conrad: *El corazón de las tinieblas* (32) muestra a las claras la banalidad del mal, la existencia de una lógica propia en los acontecimientos que se presentan como naturales en su entorno específico, fuera del cual no es posible que sean comprendidos.

A través de un viaje por el río Congo, cargado de experiencias paradójicas, poco a poco se conduce a la esquizofrenia al observador, que se ve inmerso en ellas cuando aún es portador de los patrones de su cultura, pues es capaz de comprender la lógica de lo que sucede por más que le repugne; por ello y para preservar su integridad tiene que impregnarse de los nuevos códigos. Con lo cual, el choque más importante sobrevendrá cuando retorne a su cultura y se pongan de manifiesto las contradicciones de su proceder.

Hoy en día, los medios de comunicación de masas, la televisión, relacionan los dos mundos sin que se produzca un cambio de códigos generando horror, un horror hipercentuado por la falta de transición.

Esto enlaza con el juicio que emitiera Hannah Arendt (33) sobre Eichmann, según su parecer era una persona normal con una vida corriente, no un degenerado patológico; era un burócrata extraordinariamente eficiente que simplemente no se cuestionaba lo que hacía y lo hacía bien. De hecho, seis psiquiatras habían certificado que se trataba de una persona normal y, una vez más, de un buen padre de familia (34). Enzensberger coincidirá con este juicio y señalará como Eichmann se ocupó esencialmente de expedientes, transportes y estadísticas. No obstante, tuvo contacto con algunas de sus víctimas, cosa que la tecnología actual haría hoy innecesario (35).

(26) *Ibidem*, p. 74.

(27) SAID, Edward W.: *Orientalismo*, p. 338, editorial Libertarias, Madrid, 1990.

(28) ARON, Raymond: *Un siglo de guerra total*, p. 229, editorial Hispano Europea, París, 1958.

(29) GLOVER, Jonathan: *Humanidad e inhumanidad, opus citada*, p. 144.

(30) *Ibidem*, p. 160.

(31) IGNATIEFF, Michael: *El honor del guerrero*, p. 12, editorial Taurus, Madrid, 1999.

(32) CONRAD, Joseph: *El corazón de las tinieblas*, editorial Juventud, Madrid, 2006.

(33) ARENDT, Hannah: *Eichmann en Jerusalén, opus citada*.

(34) *Ibidem*, p. 46.

(35) ENZENSBERGER, Hans Magnus: *Política y delito, opus citada*, p. 33.

El asesinato de centenares de millones de judíos se redujo simplemente a un banal problema administrativo. Bastaba con tramitar unos códigos emitidos por el sistema, aun a sabiendas de su naturaleza injusta y sus terribles consecuencias porque no le competía emitir un juicio sobre ellos. Es una prueba más de la verdad del célebre *dictum* de Burke:

«Todo lo que es necesario para el triunfo del mal, es que los hombres de bien no hagan nada.»

Moralidad y gestión de la violencia

Durante un conflicto se hace un uso lato de la violencia que, como recuerda Clausewitz, tiende a desplazarse hacia los extremos. El criterio legal para su utilización es la proporcionalidad, una proporcionalidad que relaciona fines y medios y que asigna al militar el difícil papel de gestor de la violencia en frecuencia y amplitud. Ésta alcanza desde la «violencia simbólica» (36) (como pudo ser la diplomacia de las cañoneras tan propia del siglo XIX) hasta la guerra total.

No obstante pensadores como Fuller sostienen que el desarrollo de los ejércitos profesionales y permanentes contribuyó a limitar y encauzar la violencia (37). Las nuevas guerras parecen querer darle la razón. El problema es que no hay un jurista al lado de cada fusilero.

El Derecho Internacional Humanitario impone limitaciones en la elección de métodos y medios que ocasionen males superfluos o daños innecesarios, así como toda forma de violencia que no sea indispensable para lograr la superioridad sobre el enemigo estableciendo la necesidad de ponderar la ventaja militar conseguida en relación con los daños incidentales o colaterales. La proporcionalidad aludida se extiende a aspectos que van desde el planeamiento, a la decisión o la ejecución (38).

Por ello, cuando se han promulgado tantas precauciones y normas, no deja de resultar extraño que también sea cuando los conflictos se han hecho más violentos y mortíferos, particularmente para la población civil; la guerra siempre se abre camino. Así y contra lo que pueda resultar predecible, en la Segunda Guerra Mundial el Ejército alemán incumplió menos las leyes de la guerra de lo que lo había hecho en la Primera (39). Clausewitz sostiene lúgubrementemente al respecto:

«El hecho de que una matanza es un espectáculo horrible, debe servirnos para tomar la guerra más seriamente y para no encontrar excusas para utilizar nuestras armas de forma gradual en nombre de la humanidad» (40).

Opinión que es suscrita por Hitler que afirma:

«Por lo que al humanitarismo respecta, Moltke dijo que la guerra radicaba en la celeridad del procedimiento, es decir, que el humanitarismo suponía en conse-

(36) ARON, Raymond: *Paz y guerra entre las naciones, opus citada*, p. 88.

(37) FULLER, J. F. C.: *La dirección de la guerra*, p. 24, Ediciones Ejército, Madrid, 1984.

(38) OR7-004: *El Derecho de los Conflictos Armados*, tomo I, pp. 2-13 y siguientes, noviembre de 2007, *Doctrina del Ejército de Tierra Español*.

(39) LIDDELL HART, sir Basil Henri: *El otro lado de la colina*, p. 47, Ediciones Ejército, Madrid, 1983.

(40) CLAUSEWITZ, Carl von: *De la guerra*, tomo I, libro I, capítulo 11, Ediciones Ejército, Madrid, 1980.

cuencia el empleo de los medios de lucha más eficaces; según eso las armas más crueles son las más humanitarias» (41).

Walzer no considera que la esfera de la fuerza sea diferente de la esfera de la moral, sino que cree que ambas se encuentran interrelacionadas (42); de hecho, apunta que la teoría moral se ha incorporado a la concepción de la guerra para entrar a valorar sobre cuando y como librarla y proceder a la definición de parámetros, tanto en términos de razón como de modo; Kosovo será el primer caso de guerra como «deber moral» de la era moderna (43).

Pero lejos de eso Bauman considera que la guerra de Kosovo fue, ante todo una guerra simbólica que sirvió para la puesta en escena del nuevo orden mundial. La guerra, su estrategia y sus tácticas fueron un símbolo de la emergente relación de poder. El medio fue el mensaje (44).

Este debate muestra como la argumentación moral de la guerra encarna un grave peligro, y es que las guerras justas puedan convertirse en una cruzada, en la que se lucha demasiado tiempo y con excesiva brutalidad, persiguiendo un solo fin, la rendición incondicional del otro, cuando no su aniquilación. Se mata más cuando se piensa que se está haciendo el bien o se está apresurando su advenimiento; las guerras con sentido son las más sangrientas (45).

Estas guerras, siembran pues justicia y cosechan muerte (46). *Fiat justitia ruat coelum* (47). De ahí que construir la paz sobre el justo castigo es sucumbir a la falacia pedagógica y renunciar a lo esencial, al fin último de todo conflicto que es la paz en sí misma, sin adjetivaciones (48).

Existe un relativismo en los juicios morales, como apunta Walzer:

«Los mismos criterios médicos producen juicios distintos en guerras distintas. No obstante, los juicios son polémicos aunque los criterios sean coincidentes» (49).

Y es que la sociedad es una factoría de moralidad, lo que nos traslada a las fuentes presociales de la moral (50).

Por ello rechaza tanto a aquellos que no tienen principios como a quienes elaboran sus juicios desde inamovibles absolutos morales, criticando simultáneamente el realismo (desde una perspectiva realista la estrategia es un lenguaje de justificación) y el pacifismo (propio de absolutistas morales).

(41) SANTA MARTA DEL POZO, Javier: «Antecedentes de la cooperación civil y militar» en SANTA MARTA DEL POZO, Javier (dir.): *La cooperación entre lo civil y lo militar*, p. 50, Instituto Universitario «General Gutiérrez Mellado», Madrid, 2007.

(42) GRASSA, Rafael: *Introducción* al libro de WALZER, Michael: *Guerra, política y moral*, p. XV, editorial Paidós, Barcelona, 2001.

(43) WALZER, Michael: *Reflexiones sobre la guerra, opus citada*, p. 34.

(44) BAUMAN, Zygmunt: *Modernidad líquida*, p. 197, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2006.

(45) LÉVY, Bernard-Henri: *Reflexiones sobre la guerra, el mal y el fin de la Historia*, p. 171. Ediciones B, Barcelona.

(46) WALZER, Michael: *Guerras justas e injustas, opus citada*, p. 161.

(47) «Hágase justicia aunque se derumbe el cielo».

(48) WALZER, Michael: *Guerras justas e injustas, opus citada*, p. 167.

(49) WALZER, Michael: *Reflexiones sobre la guerra, opus citada*, p. 18.

(50) JOAS, Hans: *Guerra y modernidad*, p. 225, editorial Paidós, Barcelona.

Para Walzer, la crueldad así medida sería desde esta perspectiva, y sólo en cierta medida, un parámetro más, el resultado de la adecuación de medios y fines, obligando a ponderar objetivos y adoptar soluciones tan conflictivas como imponer riesgos añadidos a los soldados propios para proteger a los civiles. Así podrían abordarse situaciones de gran compromiso como lo que denomina la «emergencia suprema» (51).

La estrategia, a juicio del otro, es siempre pÉrfida. No se conoce ninguna que no lo sea (52); nadie aprecia, al tiempo que la recibe, la belleza de una buena estocada. Así, entrando en el terreno de los medios, un fenómeno frecuente, cuando se descubre una forma nueva de combatir es impugnar el método de que se trate, sobre todo cuando éste resulta exitoso; así sucedió en su momento con la ballesta que hasta fue excomulgada por ser:

«Cosa odiosa a Dios y poco benéfica para los cristianos» (53).

La pólvora, el submarino o ciertas formas de combate de guerrillas, para lo cual se aducía que no se trataban de formas cristianas, humanas o dignas de combate. En el Japón del siglo XVII se prohibieron las armas de fuego a fin de no alterar el orden social.

En esta línea, Ignatieff muestra como las partes implicadas en un enfrentamiento asimétrico están abocadas hacia el nihilismo al estar traficando con el mal y utilizando unos límites que tienden a expansionar la violencia, y que pueden hacer que un enfrentamiento de ideales acabe convertido en un mero enfrentamiento de violencias, con una lógica propia y sin mayores propósitos (54). No obstante, señala que:

«La democracia ha perdurado porque sus instituciones están diseñadas para manejar formas moralmente arriesgadas del poder coactivo» (55) y citando a Carl Schmitt añade que «soberano es aquel que decide la excepción.»

Hoffman, aludiendo a las acciones represivas de las fuerzas francesas durante la guerra de Argelia, cita al general Massu cuando afirma que «los inocentes merecían mayor protección que los culpables» para señalar a continuación como la acción represiva de los paracaidistas favoreció la movilización de los argelinos y deslegitimó a sus fuerzas ante su propia opinión pública (56).

Es el problema de emplear fuerzas militares para combatir el terrorismo. La libertad de acción del terrorista, «jesuita de la guerra» al decir del *Che*, su proceder carece de inhibiciones y es:

«Diferente de las concepciones románticas y deportivas con las que se pretende hacernos creer que se practica la guerra.»

El combate es también un choque de moralidades, en que sólo una puede ensuciarse, pues puede rechazar las prácticas precisas para el logro de la finalidad propuesta mientras la otra las asume; una batalla que, de partida, puede ya estar perdida (57).

(51) WALZER, Michael: *Reflexiones sobre la guerra, opus citada*, p. 49.

(52) LE BORGNE, Claude: *La guerra ha muerto*, p. 225, Ediciones Ejército, Madrid, 1988.

(53) SÁNCHEZ FERLOSIO, Rafael: *Sobre la guerra, opus citada*, p. 45.

(54) IGNATIEFF, Michael: *El mal menor*, p. 11, editorial Taurus, Madrid, 2005.

(55) *Ibidem*, p. 27.

(56) HOFFMAN, Bruce: *Historia del terrorismo*, pp. 92-93, editorial Espasa-Calpe, Madrid, 1999.

(57) LE BORGNE, Claude: *La guerra ha muerto, opus citada*, p. 225.

Aunque Walzer (58) sugiere que hoy en día no hay generales que se opongan a la guerra basándose en consideraciones morales, la verdad es que el caso español puede presentar uno; y es que, no viene mal citar en este contexto una carta del general Arsenio Martínez Campos, gobernador de Cuba, al presidente del Gobierno (59) (Cánovas a la sazón) en la que viendo los problemas de Cuba y diagnosticando su solución (una política de concentración y muros, seguida después de ejecuciones), solicitaba su relevo pues «tengo creencias que son superiores a todo» y reconocía a su enemigo lo que es una actitud «censurabilísima en un general en jefe».

Ignatieff (60), mirando la validez y permanencia de los derechos, llegó a considerar que las excepciones no destruyen la norma sino que la salvan, siempre que sean temporales y estén justificadas como último recurso.

De esta manera establece un equilibrio entre libertad y necesidad, entre el principio puro y la prudencia. Recuerda que los Estados deben adaptarse no sólo a los criterios y estándares nacionales sino también a los internacionales, señalando como las democracias suelen sobreeaccionar ante un hecho terrorista comprometiendo con dicha reacción su propia legitimidad, que es el envite real que deben soportar. Como apunta Hannah Arendt (61) la Policía rusa no fue ajena a la revolución rusa.

Así, por ejemplo, los juicios de Nuremberg pudieron realizarse vulnerando el principio de no retroactividad (62) de las leyes penales –con lo cual se reconocía el Estado de necesidad de castigar unos crímenes que lo eran desde la época de Caín, por más que hubiesen sido legalizados y fueran llevados a cabo por funcionarios–, transgrediendo el dogma de la soberanía de los Estados y abriendo la puerta al derecho de injerencia (63); de esta manera, se reconoce al individuo –y no al Estado– la cualidad de sujeto de Derecho (64). Como dijera Schmitt:

«Ahora ya conocemos la ley secreta de este vocabulario y sabemos que hoy la guerra más terrible puede realizarse sólo en nombre de la paz, la opresión más terrible sólo se puede infligir en nombre de la libertad y la inhumanidad más abyecta sólo puede asumir el nombre de humanidad. Conocemos el pluralismo de la vida espiritual y sabemos que el centro de referencia de la existencia espiritual no puede ser un terreno neutral y que no es correcto resolver un problema político con la antítesis de lo mecánico y lo orgánico, de muerte y vida» y para concluir sostiene *ab integro nascitur ordo* (65), el orden nace de lo íntegro.

(58) WALZER, Michael: *Reflexiones sobre la guerra*, opus citada, p. 34.

(59) ORTEGA RUBIO, Juan: *Historia de la Regencia de María Cristina de Habsburgo-Lorena*, pp. 472-474, imprenta de Felipe González Rojas, Madrid, 1905.

(60) IGNATIEFF, Michael: *El mal menor*, opus citada, p. 9.

(61) ENZENSBERGER, Hans Magnus: *Política y delito*, opus citada, p. 291.

(62) *Nullum crimen, nulla poenam sine lege previa*.

(63) Ampliación de las competencias del tribunal, no excusa absolutoria para los jefes de Estado o altos oficiales, no obediencia debida

(64) TERNON, Yves: *El Estado criminal*, opus citada, pp. 32-33.

(65) SCHMITT, Carl: *El concepto de lo político*, opus citada, p. 90.